

blico». Los medios empleados para expresar estas relaciones van desde el vídeo, los *grafitti*, la fotografía, la pintura y la instalación, hasta la publicación de un libro y la exposición de unos textos en los cuales los artistas hablan de sus propias experiencias como inmigrantes. Es posible que desde el punto de vista artístico esta exposición no se pueda considerar muy ortodoxa, sobre todo para aquellos que piensan que el arte debe producir «objetos de adorno», pero aquí de lo que se trata es de expresar una experiencia de orden social a través de los medios de que dispone actualmente el arte.

Magali Alabau: Yo soy yo, a pesar de mis circunstancias

Según Nietzsche «el artista trágico no es un pesimista; afirma todo lo problemático y terrible; es dionisíaco...». Al pensador alemán no hay que tomárselo siempre muy en serio, porque sus afirmaciones son a veces ingenuas, otras perversamente agudas, pero lo que sí está claro es que son frecuentemente como un martillazo para las mentes que pretendan dormir sobre los supuestos «valores eternos», las verdades asumidas, las estéticas consagradas. Magali Alabau es una poeta cubana afincada en el área de Nueva York que ha publicado ya varios libros. Su obra más reciente, *Hemos llegado a Ilión* (Madrid, Editorial Betania), posee un tono trágico-testimonial, pero dentro del contexto nietzschiano según el cual lo trágico viene a ser una afirmación de la vida, a pesar de las circunstancias.

La literatura y el pensamiento occidentales parecen tender a un solo concepto generador: la afirmación del Yo. Cualquier estrategia estética que no sea la anónima, cualquier elucubración intelectual que no sea la sabiduría popular, nos lleva a un mismo lugar de encuentro: la afirmación de una identidad a través de sus textos. La construcción de un Yo por medio de la escritura requiere una paralela construcción de un espacio, un decorado, donde ese Yo se manifiesta y actúa ante los ojos del lector.

Ilión es, sin duda, un espacio mítico e histórico a la vez, es La Habana actual con sus carencias cotidianas, sus miedos y sus persecuciones políticas, pero también es un lugar desde el cual se hacen preguntas sobre el

pasado. La poeta busca en su retorno noticias de los muertos, de los desaparecidos, porque ellos son parte de su identidad, de un Yo pretérito que ha condicionado su sensibilidad actual. Por eso la ciudad aparece como «una verde, Ilión, espuma seca otra». Y enseguida nos advierte que «sólo el lenguaje inventa este paraje». ¿Sueño o realidad del retorno al país natal?, poco importa, este poema extenso es un testimonio personal: confiere al poeta un papel principal como heroína que se sobrepone a las circunstancias adversas.

Ante el desolado panorama de este infierno tropical, que es lo que viene a representar La Habana/Ilión, la poeta habla desde la voz de la mujer como una heroína trágica, pero sin retórica grandilocuente, sino con un lenguaje imaginativo y coloquial a la vez, consolidando así su propia existencia cotidiana a través de la identificación fabuladora de su personaje con todo lo que le rodea: «Soy el pescado con ojo repentino que despierta.../ Soy la ventana que da un par de gatos salvajes...». La poeta se reconoce en la ciudad y en sus habitantes, mas la ciudad es también algo así como un enorme cementerio donde aquella se dice «me entierran las calles de La Habana». De ahí que al final del texto «a la salida de las puertas/ hay un ciprés parecido a un templo,/ allí nos dirigimos, me dirijo»; ¿principio o fin de una pesadilla?

Si bien el poema se iniciaba con un yo colectivo, «Hemos llegado a Ilión», y a través de todo el texto la identificación con su pueblo, sus familiares, su entorno es total, me parece significativo que el final sea precisamente una contundente afirmación solitaria, ese «me dirijo» que en dos palabras alude a los elementos esenciales que predominan en todo el poema: la existencia propia («me»), y una voluntad ligada fatalmente a un espacio por recorrer.

La poesía de estos tres autores hispanos que hemos comentado, es el testimonio irreal de una realidad de orden individual y colectivo, de carácter personal y político a la vez. Sus fantasmales naves poéticas están ancladas sólidamente en dos islas del Caribe (Cuba y Puerto Rico), cuyos problemas sociales y políticos han hecho que se tambalee en ellos su propia identidad. El poder aglutinador y transformador de una imaginación siempre alerta a lo real, hace que sus discursos poéticos se puedan asociar con aquella poesía de la realidad integral de la que hablábamos al principio de estas notas.

Ellos también, como decía Wallace Stevens, han creado sus irrealidades poéticas con lo que es real.

Dionisio Cañas

Carta del Perú

Amistades peligrosas

Probablemente son estos tiempos de exacerbación comunicativa y comunicadora los que le han quitado razón de ser al género epistolar. ¿Cómo concebir hoy personajes tan absolutamente entregados a una ociosa y torcida intriga, como la Marquesa de Merteuil y Valmont, o a la límpida confesión de sentimientos, como Mme. de Tourvel? En cualquiera de estos casos, nos hallamos ante seres indudablemente inmersos en el ritmo de otro siglo y para quienes la comunicación es una necesidad íntima y

personal, una oportunidad para la elucubración y la reflexión, antes que un vociferante y chato discurso para la masa. ¿Qué personaje de nuestros días, que no viva una especial situación de aislamiento, puede ser creíble en el trance de escribir cartas que no sean de negocios? ¿Cómo imaginar siquiera el escritorio de un escribiente de estos años donde buena parte del espacio no lo ocupe la computadora? La laboriosidad manual de una carta resulta poco menos que absurda y anacrónica.

Si bien hay cierto grado de fabulación en llamar carta a lo que ahora escribo, hacerlo desde el Perú, en medio del fuego epistolar de dos personajes inobjetablemente públicos, puede adquirir un cariz comprometedor. Y aunque éstos no forman parte de mi familia ni del círculo de mis amistades, su sorprendente dedicación al resurgimiento del género epistolar le resta inocencia a mi ejercicio e involucra mi inclinación natural por la creación de seres de ficción, aunque no puedo negar que éstos, en particular, actúan de manera desconcertante.

Para empezar, el proceso mismo de comunicación parece estar viciado: uno escribe dirigiéndose a una persona y el otro habla a un receptor diferente, colectivo y pasivo; el primero está supuestamente aislado, mientras que el segundo goza de los beneficios de todos los canales comunicativos que aquél no vislumbra ni en la niebla de la lejanía; el primero pide «celebrar conversaciones» y el segundo declara desafiante por estos otros canales que no habrá diálogo, pero llama al primero el «interlocutor» y muestra con orgullo sus cartas. ¿Es que algún viento maligno confunde sus mentes? ¿Cómo se configurará en realidad el uno ante el otro? ¿Cómo llegarán sus mensajes? ¿Qué alado ser les sirve de mensajero, ya que ningún cartero ha visto jamás esas misivas?

El hablante ha declarado públicamente la necesidad de proteger la identidad del mensajero y ha decidido llamarlo, con enquistada sonrisa de ganchete, *agente 002*. Quien comenta este episodio no quiere ser menos cuidadoso y por ello ha resuelto velar el nombre del sonriente tras el apelativo de *personaje n. 1* (es de suponer que otro número no lo dejaría satisfecho), en adelante *P1*. El otro sujeto en cuestión recibirá el nombre de *personaje n. 1-A*, o *P1-A*, aunque hace algún tiempo hizo su aparición identificado con la placa 1509. La A de la fórmula actual apunta a su naturaleza ambigua, amolda-



Una calle de Lima